

EL BARCO



DE VAPOR



Lili,  
Libertad

Gonzalo Moure

PREMIO EL BARCO DE VAPOR





EL BARCO



DE VAPOR

# Lili, Libertad

Gonzalo Moure Trenor

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 1995





*Lili, libertad*

*Primera edición: febrero de 2014*

*Cuarta reimpresión: febrero de 2019*

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Colección dirigida por Marinella Terzi

Ilustración de cubierta: Alicia Cañas

© Gonzalo Moure Trenor, 1996

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2014

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614-8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Cecosami S. A.

Calle 3, Mz E, Lote 11, Urb. Sta. Raquel, Ate Vitarte, Lima 3, Perú

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-107-1

Registro de Proyecto Editorial: 31501311900147

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-01860

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.







## *1 Un día vi por la calle*

*algo que me dolió. Era una mujer que tiraba de la mano de un niño. El niño, que debía de ser su hijo, iba disfrazado de demonio y arrastraba el tridente por el suelo mientras lloraba ruidosamente.*

*No hay nada tan expresivo como la cara de un niño pequeño: la boca abierta en una mueca desesperada, los ojos apretados, la piel enrojecida por el esfuerzo... y qué gritos.*

*La madre me miró al cruzarse conmigo con auténtica angustia. Era evidente que el pobre niño estaba asustado de su propio disfraz y que su madre no sabía qué hacer. Yo le habría dicho muy a gusto*

*que volviera a casa y le quitara el disfraz a su hijo. Seguro que otro día le apetecía disfrazarse de demonio, o tal vez no; pero lo que estaba claro es que seguir obligándole a ir al colegio con aquel disfraz era terrible para el pequeño.*

*No lo iba a pasar nada bien, y yo me lo podía imaginar perfectamente, en su clase, en un rincón, hipando y viendo que sus amigos se divertían con sus disfraces.*

*Pocos días después conocí a la directora de un colegio de pueblo. Yo había ido a su colegio para hablarles a los pequeños de leer y escribir, y estábamos charlando en su despacho de lo que les gusta y no les gusta a los niños. Entonces me acordé del niño disfrazado de demonio y se lo conté a la directora. Era una mujer joven y muy agradable, aunque algo tímida y reservada. Mientras le contaba la anécdota del niño, me miró de una forma tan extraña que me intrigó.*

*Cuando acabé, un poco confuso por su mirada, los dos nos quedamos en silencio.*

*—¿Va a comer aquí, en el pueblo? —me preguntó.*

—Bueno, pensaba volver a casa cuanto antes  
—contesté.

*Ella bajó los ojos, un poco contrariada. Me di cuenta tarde de que se trataba del principio de una invitación. Así que intenté salir del paso como pude.*

—Pero es porque no conozco por aquí ningún sitio agradable para comer.

—¿No? Bueno, hay uno que...

—Bien, yo...

*Parecíamos tontos. Me daba cuenta de que había algo que ella quería contarme, y no hay nada mejor que escuchar las historias de los demás. Es cuando una persona empieza a ser importante para mí, cuando deja que se le vea el interior. Al final ella logró invitarme, o tal vez fui yo el que me autoinvité al olfatear una buena historia.*

*Pasé al salón de actos del colegio, charlé durante una hora con los chavales y me despedí de ellos sin estar seguro de que apreciaran más lo de leer y escribir. Luego volví al despacho de la directora.*

—Aquí estoy —le dije.

—¿Vamos, entonces?

—¡Vamos!

*Me la habían presentado, pero no recordaba su nombre.*

*—¿Cómo debo llamarla? ¿Directora?*

*Se rió, mientras acababa de recoger algunas cosas de su mesa. Después de volverse, me dijo:*

*—Da igual, tengo nombre de directora.*

*—¿De verdad?*

*—Me llamo Francisca.*

*Iba a ser cortés. «Es un nombre precioso», o «Qué va, es nombre de artista». Pero preferí ser sincero:*

*—Pues es verdad. ¡Es nombre de directora!*

*Yo tenía entonces un dos caballos azul. Mientras ponía en marcha el viejo motor del coche, ella lo descapotó con habilidad y rapidez, dejando que el sol nos entibiara las cabezas. El dos caballos se balanceaba por una carretera pequeña y la brisa traía todos los olores del campo: los buenos y los malos.*

*Recuerdo que ella dijo –o gritó, porque con la capota quitada había que levantar la voz para entenderse– que en el campo no puedes preferir unos olores a otros. Tenía razón: aspirar embelesado el olor de la hierba y torcer la nariz ante el del estiércol es una hipocresía.*

—Sin estiércol no hay cosecha —dijo ella.

*Pensé en la frase hasta que llegamos al sitio en el que íbamos a comer. Sin estiércol no hay cosecha.*

*El sitio era único. Uno de esos lugares que uno no puede encontrar jamás sin conocer la zona: una casa normal, en la que nada, salvo algunas cajas de bebidas apiladas junto a la puerta, anunciaba su condición de restaurante. Era una pequeña casa de campo, con dos árboles delante y un gran bosque detrás. Salió a recibimos la dueña y decidimos quedarnos a comer fuera, disfrutando del sol, a pesar de que no hacía mucho calor.*

—¿Lo nota?

*Francisca aspiraba el aire.*

—Lo noto.

*Todo estaba en el aire: el olor profundo del estiércol, pero también el aroma fresco de la hierba cortada, de la tierra húmeda.*

*Ella se quedó en silencio, con los ojos cerrados bajo el sol, y yo la estudié. El cargo de directora tal vez la abrumara un poco. Un colegio es una ciudad en la que los problemas de tráfico y aparcamiento, de basuras y alcantarillas, ocurren en las cabezas.*

*Ideas mal aparcadas, asignaturas embotelladas, malos humores atascados en las tuberías de los profesores...*

*Nos trajeron la comida sin apenas preguntarnos. Era una casa sencilla en la que daban de comer su propia comida, y ése era su atractivo. Allí se comía lo que se cultivaba. Verduras recogidas de la tierra una hora antes, huevos de gallinas con nombre, queso de leche de vaca vecina...*

*—Eso que ha contado... —dijo Francisca por fin.*

*—¿Eso?*

*—Lo del niño disfrazado que lloraba.*

*—Ah.*

*—Me ha recordado algo que también me contaron.*

*Me quedé en silencio. ¿Así dirigía su colegio? ¿Con aquella dulzura silenciosa? Me hubiera gustado ser su alumno. Perderme en mañanas somnolientas en los recovecos de sus explicaciones, oler los lápices y las gomas en sus dictados, mancharme de todos los colores para pintar su campo, sus casas de comidas escondidas en el bosque, sus gallinas con nombre y sus vacas vecinas.*

—¿Por qué no me lo cuenta?

—¿No le aburriré?

—Siempre tengo esto —señalé el plato.

*Ella contestó con una sonrisa. Bebió un poco y volvió la cabeza un instante hacia atrás. Casi todo el mundo suele hacerlo, sin darse cuenta, cuando habla del pasado.*

*—Es la historia de una niña, de modo que hay cosas de esta historia que sólo podría comprenderlas otro niño.*

*Estaba de acuerdo, y se lo dije:*

*—Vemos a los niños, lo que hacen, oímos lo que dicen, pero jamás podremos saber lo que piensa un niño. Si «viéramos» lo que piensa un niño, quedaríamos tan deslumbrados que en realidad no veríamos nada.*

*Me miró sin responder. Volvió a beber un pequeño sorbo y comenzó a hablar.*





## *2 Era una niña que se llamaba Libertad,*

pero que podía haberse llamado Soledad. Sus ojos redondos y poco alegres, su flequillo negro y su melena lacia, su cuerpo tan delgado y pequeño como el de un colibrí, la expresión de su cara que parecía estar siempre preguntando algo triste, hubieran hecho que Soledad fuera un buen nombre para ella. Pero se llamaba Libertad y la llamaban Lili. Los que la llamaban de alguna forma, porque, además, Lili vivía sola con su madre en una ciudad que era nueva para las dos y en la que no conocían a casi nadie. Su madre había aceptado

un trabajo en la ciudad menos de dos años antes, después de separarse del padre de Lili.

La ciudad le gustaba tan poco a Lili, que en su interior la llamaba Sopasosa. Ella venía de una ciudad costera, con olor a sal y a flores, y su nueva ciudad le parecía gris, ruidosa y llena de humo: Sopasosa. Habían alquilado un pequeño ático junto a la estación de autobuses y al entrar y salir del portal había que cruzarse con gente desconocida, desequilibrada por el peso de bolsas y maletas. A Lili aquella estación no le parecía la antesala de ningún viaje maravilloso, sino la antesala de Sopasosa.

Su madre no hablaba mucho con Lili. Su trabajo, en un instituto de Formación Profesional, le resultaba complicado y difícil, después de varios años de matrimonio en los que había abandonado la profesión, y ahora tenía que recuperar el tiempo perdido leyendo gruesos libros y llenando libretas y cuadernos de notas.

Lili se tumbaba a jugar en la alfombra, cerca de ella, y de vez en cuando su madre le acariciaba la cabeza. Lili recibía aquellas caricias como au-

ténticos acontecimientos. La mano de su madre era fresca y de dedos largos, con pequeñas venas azules en el dorso y dos anillos de oro como único adorno. La mano penetraba en su pelo como una ola en la arena y Lili dialogaba con sus dedos y sus uñas. Entendía lo que le decían cuando rascaban su piel, cuando se enredaban en las raíces de su pelo. A veces Lili lloraba en silencio, porque lo que le decían los dedos y las uñas era triste y melancólico. Otras veces sonreía, porque, por el contrario, lo que le decían era alegre y optimista.

Lili iba a un colegio nuevo en el que todavía no tenía amigos. El primer año había ido a otro grande y viejo, en el que la habían aceptado provisionalmente. Luego habían encontrado uno para ella. Era una casa cuadrada, de dos pisos, con un jardín de árboles presos.

Un jardín de árboles presos, pensaba Lili, porque algún día habían sido plantados en la tierra, y hasta puede que en la hierba, pero ahora habían echado cemento a su alrededor y los troncos luchaban contra él, sin mucha fuerza ya, agotados y un poco aburridos de vivir. Además, en otoño los





Lunes de carnaval. Había que ir disfrazado al colegio. Pero Lili no lo hizo. Martes de carnaval. No había que ir disfrazado al colegio. Pero Libertad lo hizo... A pesar de los demás niños, a pesar de don Mauricio. ¿Por qué?

GONZALO MOURE TRENOR nació en Valencia y vive en Asturias. Tras trabajar varios años en la radio, en la actualidad se dedica exclusivamente a la literatura. Con *Lili*, *Libertad* obtuvo el Premio El Barco de Vapor de 1995. También ganó el Premio Jaén de Literatura Juvenil.

**A PARTIR DE 10 AÑOS**



ISBN: 978-612-316-107-1



9 786123 161071

Hecho en el Perú

152920